

José Cabrera Martos. *Manumisión*, Granada, Valparaíso, 2017. 62 pp.

En *Manumisión*, el último libro publicado por José Cabrera Martos (Jaén, 1977), no falta de nada de lo que se suele exigir – o al menos pedir – a un buen poemario. El poeta sabe estimular el interés del lector, en primera instancia, a través de la profundidad de campo, de varios puntos de fuga argumentales, salpimentados con chispas continuas de juegos de palabras, superposiciones de planos sintáctico-semánticos, sin faltar el humor (véase por ejemplo «Casa tomada (Canciones del hombre desahuciado ante los relicarios y el ciprés granadino de san Juan de la Cruz)» (pp. 28-30)], no exento de denuncia ([...] mientras otros se elevan construyendo / moradas exteriores y el consumo / de luz se ha disparado / para ahuyentar la oscuridad interior, p. 29), y la fantasía asociativa en el mejor sentido freudiano, creación en estado puro y, en muchas ocasiones, sorpresas discursivas como regalos retóricos de imágenes («Sabes que aquí nunca te alcanzan, por eso retornas / de la inquietud con imágenes / rasas a tu sentimiento», de «Cipreses sobre blanco (Inquietud en las ramas)», p. 24), aliteraciones, retruécanos, rimas sonoras, encabalgamientos, etc. El barroco es aquí un instrumento que surge de la provocación lingüística y emocional, del palimpsesto de las estructuras mentales y abstractas, del choque de los contenidos y la riqueza expresiva; no del rellenado del vacío u *horror vacui*. El barroco es un procedimiento eficaz en manos de José Cabrera Martos. Y también delicadeza, sensibilidad, contención, recorte narrativo como en «Almendros en nieve»: «Puede el aliento o la flor de la nube / y los almendros cubrir / tu sentimiento con nieve [...]» (p. 44).

De la mano de estos ingredientes, con un poema introductorio titulado «Elogio de la mediocridad y de la muerte (Parques infantiles de esferas)», a modo de poética erotanática se alude a «la ansiedad de un fuéramos (de un somos o un nacer) / por un instante y en cadena» (p. 11). Como nacimiento, anunciación o «manifiesto», la *aurea mediocritas* sirve de telón de fondo para adentrarnos en el universo semiótico de *Manumisión*, esta particular semiosfera donde el emblema «acción y efecto de dar libertad a un esclavo», repetido hasta en cuatro ocasiones (pp. 7, 15, 31 y 53, cada una con añadidos que, como variantes que completan, van aportando diversos prismas al conjunto), espolea las tres partes, el desarrollo temático del volumen, y su culminación. Llama la atención el aparato paratextual del libro y su precisión arquitectónica, repleto de citas, subtítulos, aclaraciones, paréntesis, homenajes, alusiones, intertextos y guiños hacia el lector, que son también parte de la construcción poemática, y que organizan la lectura. De hecho, las referencias a poetas suicidas – Cesare Pavese, Sylvia Plath – servirán de enganche para esa pulsión erotanática que vertebra *Manumisión*, sobre todo en la central «II. Razones para elegir un lunes como comienzo de la eternidad (Españoles por el mundo)», que es a su vez título homónimo del poema (pp. 40-43). En la cita que lo abre se hace eco del fragmento de *La campana de cristal* – relato autobiográfico de la autora malograda – en el que «También recuerdo a Buddy Willard diciendo, con una seguridad siniestra, que una vez que tuviera hijos me sentiría diferente, que no iba a querer seguir escribiendo poemas. Entonces pensé que quizá fuera verdad, que cuando

*uno se casaba y tenía hijos era como un lavado de cerebro, y que después una iba por el mundo sedada como un esclavo en un estado totalitario.»* (p. 40). A partir de aquí se comprende esta acepción de «manumitir» en el personal vocabulario de José Cabrera Martos, que lo hace extensible para nosotros, liberado a través de su paternidad de las ataduras de la soltería.

En poesía nada es gratuito, y una reiteración marca enfáticamente aspectos necesarios que se quieren resaltar por algo. En «I. La tempestad doméstica (Tormentas y burbujas de interior)», la primera sección del libro, se nos habla del tiempo, «Acolchado de relojes, almohadillas y revoluciones» (p. 19), entre la indecisión del creador/procreador y una época gris en la que el personaje no sabe por qué huye, ni de qué (ibíd.), para pasar al momento de la explosión inicial, «Pintura de interiores (Diálogo de acrílicos para la supervivencia bajo el síndrome del nido limpio)» (pp. 20-22), un largo poema en el que una pareja, que está pintando su hogar, acaba enzarzada armoniosamente en los brazos del amor: «Tras la vuelta del trabajo, regresamos rituales al desnudo / sin palabras, por supuesto hemos bajado / las persianas y empuñamos el rodillo / cada uno en nuestro lado hasta caer / abandonados / sobre el suelo. Al despertar / con la espátula raspamos la esperanza / para la monotonía de los días laborables.» (p. 21). Y concluye: «Los relojes volverán a detenerse / cuando abramos otra lata de pintura» (p. 22). En la composición se aúnan detonación verbal, cromática y concepción del ser literal y figurado, tematizado en la propia poesía, que es lenguaje heideggerianamente quintaesenciado, balbucir primero extraído directamente y sin presiones del amor al mundo, júbilo y fulgor de permanencia. Ese bebé luego poblará las páginas de la tercera parte, «III. Preparativos para un viaje de espumas (La presencia interior)», traído por la cigüeña común (de «Latir urgente azul», p. 56), y al que se saluda en «Encantarañublado» (p. 58) con un intertexto de Juan Antonio González Iglesias: «*Tu piel no lleva escritas las mentiras del mundo*» (ibíd.), en claro testimonio de la pureza del neonato. La poesía es el dispositivo que vehicula todo esto, como creación enunciativa, correlato del recién nacido, esa criatura o «animal perdido» (p. 59) y encontrado tras los dolores previos al parto que acabó estallando y provocando un «manantial de leche» (ibíd.). De ahí ese núcleo que desencadena — literalmente — esa acción y efecto de manumitir, ya que, en teoría, y frente a las tradicionales opiniones sobre la esclavitud de los padres frente a los hijos, José Cabrera Martos nos plantea un relato distinto, opuesto totalmente: el feliz descubrimiento de su singular manumisión a través de la paternidad. Por eso en la segunda sección del libro, «II. Razones para elegir un lunes como comienzo de la eternidad (La rebelión global de los libertos)», se encuentra la clave, ese elemento nodal que nos explica cómo a partir de la tensión erotanática — vital y verbal — se desliga el sujeto poético de sus ataduras. «Y paze estrellas / y arriba siembran mundos / imperturbable, / mientras sueñan los hombres, / sucede el universo.» (del díptico «Soleá universal (Visiones telúricas de lo celeste)», p. 49).

Esto es solo un anticipo de lo que *Manumisión* ofrece. Hay mucho más, aunque lo dejamos para que los lectores lo descubran. Baste decir que su poema final, «Perito Moreno» (pp. 61-62), es un estallido mineral y terrestre de todo lo que hemos explicado,

amplificado por el grito del glaciar derritiéndose, a modo de canción de cuna. Un momento ciertamente delicado y espectacular del libro, con largo alcance simbólico, y que nos habla de la mirada sincrética y leve de una poesía que debemos tener en cuenta. José Cabrera Martos nos ha entregado un poemario deslumbrante que merece la atención de los lectores de poesía en lengua española. Garantizado. No decepcionará a nadie.

**Juan Carlos Abril**